

tivo, se levanta una fachada sin vida, sin mayor interés en su aislamiento; y dos árboles, dividiendo la imagen en tres partes iguales — grave falta de estética — ocultan el ramaje y corona detrás del marco superior. ¡Qué feo es eso!

En tus pinceladas noto destreza, y según das luz y sombra, no te falta sentido de color. Mas eres principiante mal orientado. Tu sentimiento para el ritmo o la composición, todavía duerme. Tienes que sacudirlo enérgicamente, a que te acompañe con ojo abierto y tu mente se sensibilice a captar el orden que ves. Yo no puedo saber, si el primer término del terreno se prestaba para dar un conjunto agradable, pues no lo vi. Pero supuesto que sí y teniendo en cuenta las demás posibilidades, ¡qué resultado tan ameno! Tratemos de verlo en la imaginación:

En el primer término, un terreno inculto, atravesado, campo adentro, por uno de esos torcidos senderos campestres, que se ensanchan, se estrechan, flanquean un pedrusco o un charco de agua pluvial, se pierden en un charral o detrás de un terraplén, para surgir, inopinadamente y angostados por la lejanía, mucho más allá. Un árbol nos abriga, y su sombra oscurece el verde y el suelo más cercano, dando, por el contraste y engaño óptico, mayor claridad a lo que sigue. Luego, pero no del todo en el medio del lienzo apaisado, el horizonte aún en la mitad inferior, está la casita. La divisamos entre los dos árboles un poco empujados hacia un lado, y que ahora están en posesión de su ramaje y su frondosa copa. Y desde cada costado se extiende y se alza lo que hay: una lozanía en matas altas y bajas, quizás un palo seco o una palmera, todo según la región, la estación y el clima. Encima, un transparente cielo de un celeste pálido y cálido y, a no ser que la suerte nos presente un celaje mejor, etéreos cúmulos de buen tiempo, teñidos de un gris rosado por la luz rayana del atardecer. Pues esa y la luz del alba nos interesan mayormente. De norma, son las luces más pintorescas. Cual halo diáfano soplan un suave tinte sobre la materia, infiltrándola notas de melancólico resplandor.

Y ¿qué habiéramos hecho de esta bonita casita, sin un primer término aprovechable? Hubiéramos dejado de pintarla. Lo que no satisface en todo sentido, sea por una u otra razón, no lo apreciamos. Buscamos y pintamos un objeto de mejor calificación.

“...y (que) tu mente se sensibilice a captar

El escondedero del corazón

(En el Rep. Amer.)

¡Peregrino de la vida! ¡Peregrino del Ideal! Héte aquí en tu rincón precioso de quietud y de silencio. El rincón donde esplende la luz del sol en su primor mañanero. Un cándido cielo azul te cubre. Los árboles de la vecindad y tiernas avejillas que en sus ramas se posan, cantan el júbilo del día. Del día que es una bendición de Dios. ¡Oh, peregrino, tú consideras el día como una bendición porque estás bien avenido con la tierra! Porque tú sabes que la tierra es sagrada. Porque sabes que la tierra está en el firmamento, en ese firmamento que tanto admiras desde abajo. Porque sabes que la tierra, vista desde la infinita lejanía, es tan bella como Venus o Júpiter en una noche serena.

Pero, no es sólo desde la lejanía que la

el orden que ves”, está dicho más arriba. Este punto tiene tantas facetas como el complejo órgano visual de un insecto. Y todo es relativo, tiene su adhesión privada, extraña y especial en el contorno siempre ampliándose. A veces, la porción atraída al formato y la cabida del lienzo destinado a la obra es de por sí perfectamente rítmica. Lineamiento y repartición de las masas están en orden agradable, y hasta en el colorido, los parches, claro y oscuro, se equilibran bien. Y satisfacen tanto más cuanto no son cabalmente bilaterales o centrados, lo cual podemos llamar: monotonía, falta de movimiento y atracción, y lo que debe evitarse a favor de algo mejor. Una calle cementada, sembrada, a cada lado, de palmeras equidistantes y de una misma altura, es en sí aburrida por excesiva monotonía. Sin embargo, según el punto de observación, dentro de un conjunto (en su ambiente amplio) puede resultar sumamente agradable a la vista. Ahora, en cuanto al aspecto de su perspectiva, apreciada dentro de ella misma, ya gana algo (no para el transeunte sino para el pintor), si en lugar de cemento raso hay suelo natural con baches, charcos y lodazales reflejando un nublado. Y aún más gana, cuando un arbusto por aquí y un árbol por allá rompen con color y forma la demasiada igualdad.

Eso es un mero ejemplo teórico de entre un millón de posibilidades. Si lo sientes y lo comprendes, has aprovechado el momento. Pero si estudias consciente el asunto en las reproducciones de las concernientes obras clásicas, te abundas mucho más en la materia. No necesitas ser “clásico” por ello. Hay muchas maneras de crear algo bueno. Mas lo armónico, lo bello, lo perfecto, está sujeto a un ritmo fundamental, difícil de explicar e ilustrar, por cierto, pero ya sentido, notado en su ser y utilizado con provecho por aquéllos que han elevado el arte a su máxima altura. Y de ellos debes aprender. Los desvíos de nuestros días trastornados, nada te enseñan. Te desorientan, te apartan de lo bello, te obstaculizan la senda hacia el arte; el arte en su concepto elevado, el arte verdadero.

Costa Rica, 1949.

* * *

Nota del Editor.—En la página 13 del tomo en curso, columna 1ª, la frase que comienza en el renglón 12 debe leerse así: “Pero en el *macrocosmos* el orden responde a las mismas reglas (leyes)”. En la misma página, columna 3ª, los renglones que separan tres asteriscos no tienen que ver con el texto anterior.

tierra es bella. Lo es desde aquí mismo. Lo es en la vecindad y en el dulce horizonte que contemplas. Todos los días ves aparecer el sol por ese horizonte. Y así ves todos los días la más grande maravilla: el nacimiento del sol. El sol surgiendo de la bruma. El sol, como un ángel del Apocalipsis, rasgando las tinieblas de la noche. ¡Qué prodigio! Asistes al movimiento sideral de los astros. Cuando tú vas a las ferias permaneces un rato contemplando el tío vivo que gira al son de la música llevando en sus caballitos a los alegres niños. Pero, ¿qué es ese tío vivo de la feria al lado de este gigantesco y misterioso tío vivo de la tierra y el sol girando en el espacio insondable! Insondable, digo. ¡Palabra misteriosa y terrible! ¿Dónde está el fondo del espacio? ¿Del espacio, que

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

“LA COLOMBIANA”

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles
Paseo de los Estudiantes

de tanto ensancharse deja de ser espacio y se pierde, como el tiempo, en la eternidad?

Estamos en la tierra, pero estamos en los linderos de la Eternidad. Estamos en el firmamento, como las estrellas. Estamos en el espacio insondable en cuyas lejanías el tiempo ya no es tiempo. Todo esto tú lo alcanzas a ver y a comprender desde la tierra que es tu astro sideral y desde este rincón de quietud que es el escondedero de tu corazón. ¡El escondedero de tu corazón! Sí; donde el corazón se esconde para poder vivir su vida. Para ponerse cerca de la tierra. Para sentir la tierra y amarla, lejos de la ciudad tumultuosa y trepidante. La tierra es asiento del hombre, peana de sus pies, pedestal de su gloria, madre nutricia y mirador en el infinito. Pero los hombres no aman ni reverencian la tierra porque no se paran a considerar estas cosas. La vida vertiginosa del siglo no permite estas consideraciones. Solamente el peregrino de la vida, el misionero del ideal, que se queda en su rincón, al margen del estruendo de la calle, piensa en ello.

¡El escondedero del corazón! Donde únicamente se puede vivir la vida. La vida privada, la vida única, la vida singular, extraordinaria, que a cada hombre le es deparada. Hablamos de oportunidades, del “chance”, como dicen los americanos. Pero, ¿qué oportunidad hay más grandiosa que la vida misma? La vida es oportunidad de oportunidades. La vida es el cofre maravilloso donde están todas las oportunidades. ¿Por qué no elevamos la vida —esta vida que consideramos tan prosaica— a la categoría de lo que es: reina y madre de oportunidades; oportunidad ella misma, singular y grandiosa, como un astro en el infinito? Estamos a caza de oportunidades, de pequeñas ocasiones, mientras pasa inadvertida, descuidada, la máxima oportunidad, celeste y sideral, que es la vida.

Nos hemos apartado de la tierra y nos hemos apartado de nosotros mismos. Nos hemos apartado del escondedero del corazón. Y ahí, en ese escondedero, es donde únicamente somos nosotros mismos. Lo otro es “la calle”, el tumulto, lo contrario de “mí mismo”, la negación “mí mismo”, el “no-yo”, que diría Hegel. El escondedero del corazón es el escondedero del Altísimo, de que habla la Escritura. Allí está Dios.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.